

Minucioso trabajo de condensación y precisión, **Andrés Barba** exhibe en esta novela heredera de los clásicos de fantasmas la sutil habilidad borgeana para impregnar de lógica lo fantástico

Una novela fantasmagórica que exige recalibrar la mirada

por **ADRIANA BERTORELLI**

A *El último día de la vida anterior*, la más reciente novela de Andrés Barba (Madrid, 1971) hay que entrar exactamente como lo hace su protagonista, empleada de una inmobiliaria: como quien entra a una casa vacía por primera vez, ajustando la mirada a una nueva luz, descubriendo cada pasillo, cada hendidura en la pared donde antes estuvo clavado un cuadro o un espejo, recorriendo las cortinas sin saber si el reflejo que se vislumbra en aquel rincón es el propio, o si existe en ese lugar alguna presencia de una vida anterior. Tratando de sentir eso que fue y que, tal vez, sea una nueva posibilidad que antes no se había contemplado.

Luego de obtener el Premio Herralde de Novela 2017 por su brillante *República luminosa*, Barba regresa a la narrativa con este juego de espejos que conjuga lo fantástico y lo abismal con un aura más introspectiva, apartándose de sus voces conocidas para imbuirse dentro de una tradición próxima al canon de lo fantástico latinoamericano que se favorece más en las distancias cortas. *El último día...* se sostiene con esa habilidad borgeana para impregnar de lógica lo fantástico, y con la tensión medida, precisa, del Henry James de *Los papeles de Aspern*. No en balde, Barba es tra-

ductor de James al castellano, además de serlo de Herman Melville, Joseph Conrad, R. L. Stevenson, Scott Fitzgerald y Thomas de Quincey, entre otros.

Esta pequeña novela muestra un trabajo minucioso de condensación y precisión cuyo resultado es una joyita preciosa de 140 páginas, de las que exigen apagar el teléfono durante un par de horas porque contiene un mundo en sí mismo, un espejo y su doble, y se entra de lleno en su juego de seducción intimista, de realidades desplazadas, porque lo fantástico también tiene una lógica cartesiana. Y es mucho más importante que sea verosímil a que sea real, que dentro de su propia lógica todo encaje. Barba lo consigue con maestría. No narra esa nueva realidad desde la tangente, sino desde la comprensión, y esa íntima racionalidad genera aún más asombro.

El último día... cuenta la historia de una mujer que pasa por la vida de perfil, casi sin pisarla. Sin amar demasiado, sin querer demasiado, sin desear demasiado, «resignada a una insensibilidad más o menos genética», que cumple con todas las convenciones que se esperan de ella. Esta mujer, de la que nunca sabremos el nombre, es una empleada eficaz de una inmobiliaria y forma parte de una pareja promedio. También es una hija promedio, ni demasia-



ANDRÉS BARBA
EL ÚLTIMO DÍA DE LA VIDA ANTERIOR
Anagrama. 144 páginas. 16,90 €
Ebook: 10,99 €

UNA EDAD IRRECUPERABLE
"La infancia es una invención cultural de los adultos. Lo que son verdaderamente los niños, lo que son en sus corazones y en sus pensamientos, es algo que en buena medida se nos escapa por completo", defiende un Barba que en sus novelas siempre desliza reflexiones sobre qué significa ser niño, en qué momento abandonamos la infancia y cuándo se convierte en algo incomprendible y, quizá por ello, sagrado

do cercana ni demasiado afectuosa. Cuando de pronto se encuentra enfrentada por las circunstancias a la presencia de un niño anacrónico, que no pestañea, y a un episodio de *doppelgänger* del cual no existe explicación ni tiene cabida dentro de su vida previsible, intenta responderse la pregunta: «¿qué se supone que debo hacer con esta energía irresuelta?». Es una persona común en una circunstancia extraordinaria, por eso destella a través de otra mirada.

Barba va hilando fino desde el centro mismo del lenguaje, sin perder tiempo en dar vueltas en círculo, sin regodearse ni contar demasiado. Y el resultado es un relato pulido, rotundo y, curiosamente, también muy lírico, de una sensorialidad omnipresente: «Él habló de hongos con nombres imposibles de retener, *Crepidotus*, *Mycena* interrumpida, *Marasmius*, y le enseñó en el móvil fotografías de unas criaturas de otro mundo, bellas y siniestras como accidentes dérmicos, ella pensó que en su interior todo se movía con lentitud». Todo se toca, todo se escucha, todo se huele.

Sigue siendo recurrente como en *República luminosa* y *Las manos pequeñas*, entre muchas, una evidente fricción con el concepto de la niñez, con lo infantil, descubriendo amplias zonas de penumbra en un conflicto ético constante. No obstante, se le agradece a un escritor reconocido que no se apoltrone con lo que sabe que funciona y se meta de lleno en un género que hasta ahora le había sido ajeno, que se arriesgue con cierto desamparo. Se celebra, además, que insista en la ficción en esta época tan tomada por lo autorreferencial porque ¿no es la ficción, también, una visión íntima de la realidad?

El último día de la vida anterior es, quizás, una novela sobre el aislamiento, la soledad y la memoria, pero también sobre la necesidad de sanación y redención, y se siente una extraña esperanza al terminar de leerla. **L**